

Nan e Ivan Lyons

Están matando
a los grandes chefs

 ediciones
ÁMBAR

A Samantha

Pato a la pekinesa. Dorado hasta la perfección. La piel crujiente. *Crêpes* tibios y húmedos. Cebollines primaverales y salsa de judías dulces. Sí. Si dejara Londres inmediatamente, en el término de dieciocho horas estaría en Pekín.

El negro Rolls-Royce Phantom VI rodó silenciosamente por South Audley Street y entró en Grosvenor Square. Achille van Golk gruñó al apoyar la pierna en el asiento abatible que tenía enfrente: el dolor. Entrecerró los ojos para evitarles el dorado blancuzco del sol de las diez. Se imaginó en el *Fung Tse Yuan*, asintiendo con aprobación mientras Chen le ofrendaba el resplandeciente pato bañado en miel. A fin de cuentas, ¿no había ido a buscarlo más lejos que Marco Polo?

Empujando el cochecillo por el paso de cebra, una niñera miope bajó del bordillo. El Phantom VI contuvo el aliento.

—¿Qué le ocurre? —gritó Achille a través del cristal a su secretaria, que estaba en el asiento delantero—. ¿Intenta matarme?

El nuevo chófer negro (Rudolph) giró su cabeza esquilada al estilo semiafro en dirección a Miss Beauchamp (pronunciado *Bichum*).

—No le ocurre nada —respondió la mujer sin volverse a mirar a su jefe—, pero *no* está tratando de matarle.

—¿Dónde lo encontró? ¿De dónde es?

—De Polonia —respondió la secretaria.

Achille guardó silencio. Le latía la pierna y tenía frío. Hundió

los hombros y apretó contra las orejas el cuello de cebellina de su abrigo negro de vicuña. Abrió el bar de palo de rosa y fijó la mirada, incrédula, en las tres jarras de cristal vacías y en el cuenco de plata, también vacío. Cogió el micrófono de un tirón.

—Miss Beauchamp —pronunciado *Boshamp*— ¿sería tan amable de explicarme, delante de su amigo Stanislaus, por qué mis jarras están vacías y sobre todo por qué mi cuenco de nueces no está lleno?

—No debe probarlas.

—No le he asignado el cargo de Guardián de los Frutos Secos. Le ruego que recuerde que usted es una aburrída solterona a la que se le paga demasiado y cuyas insignificantes tareas no incluyen el secuestro de mis nueces ni el empleo del Príncipe de Zanzíbar.

—Es de Polonia. Más allá de Cracovia.

—Mozambique está más allá de Cracovia.

—Ya hemos llegado —dijo ella, volviéndose por primera vez. Se permitió desplegar una amplia sonrisa—. ¿Le duele la pierna?

Rudolph salió de su asiento y dio la vuelta para abrir la portezuela a Achille. Levantando los enormes brazos de su abrigo negro forrado de piel, Achille se aferró al chófer. Se mecieron hacia atrás y hacia delante hasta que el impulso sacó del coche al hombre calvo con una ceja negra que le cruzaba la frente. Achille apartó la mano que le había ayudado y caminó dolorosamente hasta el n.º 44.

Miss Beauchamp tocó el timbre y se apartó, para permitir a Achille atravesar la puerta con comodidad.

—Buenos días —dijo la enfermera, poniéndose en pie y señalando el despacho interior, como si acabaran de castigarla por no haberse levantado con la suficiente rapidez—. El Dr. Darling le está esperando. Pase directamente.

Miss Beauchamp abrió la segunda puerta, y Achille bufó antes de cruzar el umbral. Andrew Darling, Doctor en Medicina, salió de detrás de su escritorio sin cajones y extendió su mano cuidadosamente arreglada.

—¡Achille, qué alegría verle! —su voz estaba justo un decibelio por debajo del tono necesario para que resultase una molestia pública.

—De toda la gente que me ha hurgado el culo, usted es el menos indicado para llamarme por mi nombre de pila.

—¡Soy su médico!

—Su perversa elección profesional no le granjea mis simpatías por agradable que le haya resultado *a usted* revisarme. Tampoco estoy especialmente contento con su último fetiche médico. Aquí tiene —Achille sacó un botellín de su bolsillo y se lo alargó.

El Dr. Darling cogió la botella de muestra, conteniendo la respiración de manera audible, y bajó la vista para asegurarse de que la tapa estaba bien cerrada. En el letrero leyó, escrito con rotulador rojo y grueso: *Mis en Bouteille au Château*.

El Dr. Darling retrocedió y colocó la botella en un ángulo del papel secante del escritorio.

—Siéntese, Mr. van Golk. Lamentablemente, tengo malas noticias para usted.

—Peter Pan ha vuelto a apoderarse de sus hijos.

—Por favor, siéntese —sugirió el Dr. Darling, ignorando el comentario de Achille—. ¿Está seguro de que no quiere quedarse solo? —preguntó, señalando amablemente a Miss Beauchamp.

—Estoy solo.

Miss Beauchamp le clavó la mirada. Achille cerró los ojos un instante y se sentó.

—¿No desea quitarse el abrigo? —preguntó el médico.

—¿Su diagnóstico nos hará cambiar de estación?

—Mr. van Golk —gimió el médico—, usted no está nada bien.

—Esa es precisamente la razón por la que estoy aquí, y no en la tienda del florista, por erróneo que sea mi instinto en tal sentido. Vea doctor, yo soy un hombre muy ocupado, y debo atenerme a un programa muy estricto. ¡Sabrá Dios qué aventura dermatológica está acechando usted a la vuelta de la esquina! Le sugiero que nos ahorremos tiempo mutuamente. ¿Cuánto me queda de vida?

—Eso depende absolutamente de usted.

—Me alivia enormemente saber que no depende de usted, *darling*.

—Mr. van Golk, los resultados de nuestros análisis ya han mostrado que usted padece de gota, que tiene el hígado dilatado,

una úlcera en el duodeno, el colon espástico, un grave endurecimiento de las arterias y una desagradabilísima urticaria. Está usted calamitosamente gordo. A no ser que de inmediato tome medidas para perder la mitad de su peso actual, morirá de un paro cardíaco en el curso de este año.

—Doctor, sin duda alguna no es necesaria tanta exageración.

—Lamento decirle que no veo nada gracioso en su caso, Mr. van Golk. Por cierto, resulta irónico que el editor de *Lucullus*...

—El editor de *Lucullus* es el editor de *Lucullus* precisamente porque ha comido hasta hartarse. Debo recordarle, *darling*, que no soy el editor de *La Gaceta del Atún*. Yo he inducido los hábitos alimenticios de millones de personas para que sepan apreciar la más civilizada de las artes a pesar de su histeria científica con respecto a las yemas de huevo. Mi cuerpo es un verdadero lienzo en el que los genios creativos han desarrollado sus técnicas. Yo mismo soy, en consecuencia, una obra de arte viviente. Cada pliegue, cada arruga, cada barbilla lleva la firma de la creación. Me estremece, querido Dr. Darling, el florecimiento de mi propia carne.

—Mr. van Golk, comprendo perfectamente la naturaleza poco habitual de este caso. Es lamentable que un *gourmet* tan renombrado como usted tenga que hacer frente a este problema, pero no tiene otra alternativa. A no ser que deje de comer —concluyó, bajando la voz para darle más énfasis—, morirá. Tanta comida le matará.

—¿Me matará? —La idea enfureció a Achille—. No, si yo la mato primero.

—Debe actuar de inmediato.

Debo actuar de inmediato, pensó Achille.

—Debe atacar la raíz del problema.

Los chefs, pensó Achille. Los chefs son la raíz del problema.

—Debe empezar una dieta —susurró el Dr. Darling.

Claro que debo. La Última Dieta.